

un hecho científico que señale claramente su comienzo?

—Naturalmente, y es el descubrimiento por Max Planck, de los “cuanta”, o cuantos de energía. Sin ese concepto, la relatividad de Einstein es sencillamente in formulable.

—¿Y qué son los cuantos?

—Se llama “quantum” a la cantidad energética que aloja, que transporta, o que constituye a un electrón. Dicho de otro modo: toda fuerza, toda energía física es electricidad, y la carga que lleva un electrón, cuya intensidad ha podido ser detectada en los laboratorios, se denomina “quantum”.

—¿Y los electrones son más chiquitos que los átomos?

—Mire usted, señorita, en estas cosas es preferible no hablar de tamaños, bástele saber que los electrones son el material esencial, algo así como los ladrillos elementales con que la materia está constituida. En fin de cuentas, los electrones son gránulos de electricidad negativa, ¿comprende usted? y giran en torno a un núcleo positivo, a un protón ¿no es cierto? El conjunto se llama precisamente átomo, y es elemento último de la materia. Pero si usted es amante de la precisión, puedo decirle que el peso de un electrón es de 0.9 g. dividido por un 1 seguido de 27 ceros (0.9×10^{27}), y que el diámetro de los átomos alcanza generalmente 0.1 milimicrones, mientras el de protones y electrones es unas cien mil veces menor.

—¿Y cómo se supo que los electrones existen?

—Estos corpúsculos infinitamente pequeños, cuyo avance puede ser registrado y modificado por campos magnéticos, se vuelven evidentes en un cátodo colocado dentro de un tubo al alto vacío (rayos catódicos de los tubos de Crooke), y son los mismos que brotan espontáneamente de los cuerpos radioactivos en estado de transmutación. A veces se les ve surgir también de un cuerpo iluminado por ciertas radiaciones (efecto fotoeléctrico), o de una materia incandescente (efecto termiónico)...

—Y usted, señor De Broglie, ¿ha visto personalmente un electrón? ¿Es cierto que tienen forma de flecha?

—Estas cosas no se ven con los ojos, señorita. Los observadores se limitan a registrar la presencia de los electrones, esto es, su energía y su velocidad, detectando, como le he dicho, el coeficiente, el “quantum” eléctrico de que son portadores. Recuerde usted que cada uno lleva su carga eléctrica y está, por así decirlo, animado por ella.

—¿Entonces los electrones están vivos!

—Algo así por el estilo: palpitan y giran incansablemente en el seno de la materia, aun de la más inanimada en apariencia, alrededor de un núcleo que viene a ser el centro de esos inconcebibles sistemas planetarios...

—Entonces la bomba atómica...

—No vaya usted tan de prisa, señorita. Aunque después de todo, su conclusión no iba por mal camino. La energía nuclear viene de allí precisamente: en el momento en que los electrones abandonan el curso circular a que están sometidos, sobreviene la desintegración, es decir, la liberación brusca de la energía. Usted conoce, naturalmente, la fuerza expansiva del gas, cu-

yas moléculas tratan siempre de ocupar el mayor espacio posible; pues bien, imagínese ahora que todos los cuerpos son sencillamente gases comprimidos hasta un grado máximo, por la fuerza de su propia cohesión. ¿Comprende ahora la cantidad infinita de explosiones que se producen en un fragmento de materia, a la hora de la reacción en cadena, que es la desintegración progresiva de todos los átomos contiguos?

—Pero si todo el universo podría desbaratarse como un tejido de ganchos!

—No, no se alarme usted: los lazos de la materia están firmemente atados. Hasta ahora sólo ha sido posible desligarlos en fragmentos muy pequeños de materiales típicos y en condiciones particulares de aislamiento, para impedir, digámoslo así, el contagio desintegrador.

—¿Y usted no cree que la humanidad puede aniquilarse por culpa de la bomba atómica?

—De ninguna manera. Recuerde usted todas las alarmas que hubo cuando la pólvora dejó de ser simplemente un juego de niños y se convirtió en arma peligrosísima. Muchas gentes pensaron entonces lo mismo que usted, y ya ve, se equivocaron por completo: la humanidad ha crecido

desde entonces en proporción asombrosa. Y lo mismo ocurrió cuando Alfredo Nobel perfeccionó la dinamita... No, definitivamente, yo no creo que la energía atómica represente una amenaza para la humanidad, sino todo lo contrario: será una fuente de bienestar cuando pueda ser aprovechada para fines pacíficos, que son los únicos para los cuales deben trabajar todos los sabios del mundo...

El príncipe Louis de Broglie se ha puesto de pie. Por la ventana, el viejito de la boina gris le hace un gesto significativo, que pone fin a la entrevista. Y de vuelta otra vez por las orillas del Sena, empiezo a hojear *Materia y luz*: “Para terminar esta introducción, quisiera decir dos palabras acerca de un asunto que siempre ha preocupado a los pensadores científicos: el del valor de la ciencia, es decir, hasta qué punto debemos amar y admirar la investigación científica...” Y me acuerdo de Alfredo Nobel, que murió lleno de remordimientos porque se le ocurrió mezclar la glicerina con el ácido nítrico, y dejó toda su fortuna para aquellos hombres que en la literatura y en la ciencia buscaran otras fórmulas menos explosivas: las de la paz, la felicidad y la concordia universal...

NUEVAS OBRAS DE CAMUS

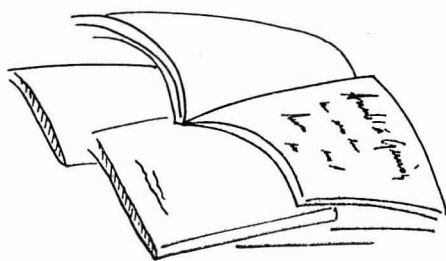
Por Tomás SEGOVIA

EL ÚLTIMO libro de Camus que ha aparecido —o por lo menos que ha llegado a México— es, en algún sentido, sorprendente. En el aspecto exterior, por lo menos, *La chute* (“la caída”) no es tal vez exactamente como habría podido imaginarse que sería un nuevo libro de Camus. Ese francés elegante, impecable, “castigado” como dicen ellos, puede parecer un poco inesperado. Y también la forma en que está dispuesto el relato: un personaje habla, a lo largo de varios días, con un interlocutor al que nunca oímos, y del que sólo sabemos lo que el discurso ininterrumpido del primero deja adivinar.

Pero hay otros motivos por los que este libro parece, a primera vista, difícil de situar en la obra de Camus. El cuidado del estilo no se limita al vocabulario, sino que la marcha misma del relato, la proporción de sus partes, la dosificación de la sorpresa, todo esto está cuidadosamente calculado y estudiado. Las obras narrativas de Camus parecían hasta ahora sacar su principal fuerza y poder de persua-

sión únicamente de la intensidad de una pasión: pasión de la justicia, pasión por el hombre, pasión de la luz cruda y violenta de la verdad. Esta pasión, como veremos, no está ausente de *La chute*; pero en otros relatos el escritor parecía imponerse una especie de castidad artística, mientras que aquí parece atardarse, en-golcarse en la narración, en el personaje sobre todo. Hay en esta manera de contar algo que recuerda un poco el estilo de Pirandello: como un chisporroteo de la inteligencia, una ironía al mismo tiempo amarga y un poco pantagruélica, una punta de picardía en la verbosidad meridional, y esa manera de tomar como punto de partida para dibujar al personaje, no la psicología, ni el temperamento, ni siquiera el símbolo, sino sus preocupaciones, sus problemas morales e intelectuales — y que sin embargo el personaje acabe, a partir de ahí, por tomar vida y cuerpo. El nombre mismo del personaje, Jan-Baptiste Clamence, que sugiere al mismo tiempo el clamor y la clemencia, ha sido sin duda escogido muy conscientemente. Para acabar de hacer diferente el aspecto de su relato, Camus lo sitúa en Amsterdam, principalmente en un bar que, nadie sabe por qué, se llama el *Mexico-City*.

Sin embargo, a poco que profundicemos, descubriremos que los temas y preocupaciones de Camus siguen siendo los mismos de siempre: la justicia, la inocencia, la culpa. Ese filisteo trágico que es Clamence ha descubierto una apaciguadora posición en la vida: la de “juez-penitente”. Gracias a su descarnada confesión, al despiadado juicio que hace de sí mismo (aquí hay también un grano de dostoyevskismo), se convierte en espejo, en agente de la “caída” de sus confidentes. Por eso también se dedica a defender como abogado a los turbios clientes

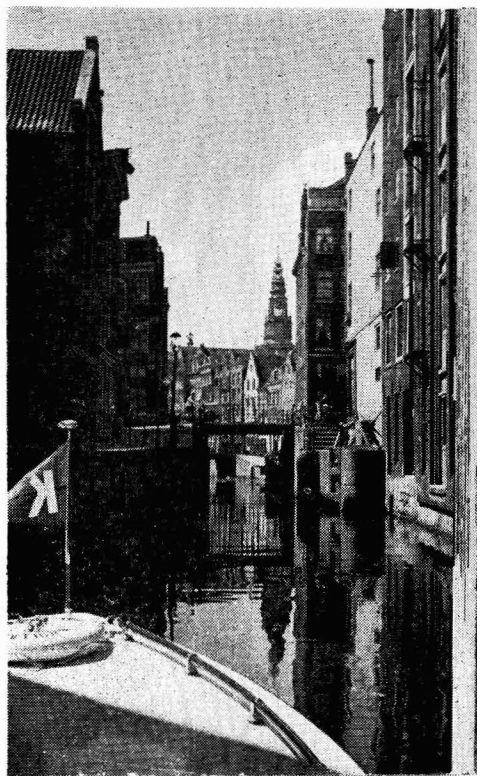


del *Mexico-City*. "Si los chulos y los ladrones —dice— fueran condenados siempre y en todas partes, la gente honesta se creería toda y sin cesar inocente, querido señor. Y según yo —¡eso es, eso es, a eso voy!— es esto sobre todo lo que hay que evitar. De otro modo sería cosa de risa." Estas palabras podrían ser un resumen del tema del libro. Inocencia, culpa; juzgar, ser juzgado; libertad, servidumbre: con diferentes nombres y diferentes rostros, la ambigüedad desgarradora de la vida persigue por todas partes a ese conmovedor payaso que es Clamence, símbolo de la conciencia — y de su impotencia. Le persigue hasta el último instante, puesto que aun después de haber desenmascarado todo el egoísmo, todo el fariseísmo de su propia vida —y de la nuestra—, aun entonces ni él ni nosotros estamos seguros de que esto no sea un nuevo truco de fariseo, una nueva manera de estar por encima — de volver a ser juez. Y cuando habla de Cristo, la admiración, el amor y casi hasta la ternura que le profesa en medio de sus sarcasmos, es porque, según Clamence, tampoco él tuvo una certeza, tampoco estuvo seguro, sin sombra de duda, sin angustia: murió sin saber, exclamando "¡por qué me has abandonado!" Hay en este pasaje unas páginas dolorosas, desazonantes, de las más hermosas de Camus: aquellas en que Clamence explica la pasión de Cristo y su aceptación de la muerte otra vez por la culpa, por la inocencia, por la ambigüedad. "Debía —dice— haber oído hablar de cierta matanza de los inocentes." Esto, según él, explica "esa tristeza que se adivina en todos sus actos"; "...confrontado noche y día a su crimen inocente, se hacía demasiado difícil para él mantenerse y continuar."

Así, cuando Clamence confiesa a su interlocutor (no sin cierta esperanza, ambigua otra vez, de que éste sea policía y lo encarcele — solución tranquilizadora); cuando le revele que tiene guardado en su casa el original robado de los *Jueces íntegros* de Van Eyck (tablero del retablo *El Cordero místico*), entre otras razones que le mueven a no devolverlo, expone ésta, de impresionante evidencia: "porque esos jueces acuden a la cita del Cordero, y ya no hay cordero, ni inocencia... de este modo estamos en orden. Puesto que la justicia está definitivamente separada de la inocencia, ésta en la cruz, aquélla en el *clóset*, tengo el terreno libre para trabajar según mis convicciones."

Todo esto bañado en esa luz ardiente, violenta, en esa blancura que deslumbra, abrasa casi, y que Camus pone en todo lo que toca. Al terminar esta lectura nos queda una sensación de dolorosa piedad, ganas casi de llorar, y nos sentimos conmovidos, inmutados, como cuando se nos revela la profundidad del sufrimiento de un ser humano, cualquier ser humano — pues siempre es sorprendente, visto en vivo, cuánto dolor, cuántas heridas puede encerrar una vida, y nuestra imaginación siempre es corta para lo que atañe a los otros. Se trata de un relato imaginario, claro, y de un personaje inventado; pero cuánto hay que haber sufrido por la mentira, por la injusticia, por la inocencia imposible, por la trágica polivalencia de la existencia, para encontrar esa expresividad sobrecogedora, ese estilo de carne desollada — en el que caben sin embargo todas las ternuras.

Este estremecimiento, que nunca ha estado ausente de la obra de Camus, es lo que le convierte en un tipo de escritor bastante raro en toda la historia de la cultura, y del que él es tal vez uno de los más altos ejemplos: un escritor en el que un moralista vehementemente y un apasionado artista conviven sin combatirse, sino duplicando sus fuerzas, comprendiéndose, alimentándose mutuamente — y no por deliberación mental, sino de modo auténtico, natural, lo cual es casi inaudito. Porque *La chute* es también (como todas las obras de Camus, por otra parte) un libro moral, uno de esos libros de los que la crítica prefiere hablar como de pura literatura, con un enfoque técnico, porque sería poco tranquilizador enfrentarse a lo que dice, mirar sin parpadear, sin distracciones ni siquiera "artísticas", los patéticos llamados a la verdad y a la sinceridad que llamean por ahí. Y sin embargo, dentro de la línea general de este temperamento, *La chute* parece demostrar que



Contacts avec le monde
"el autor lo sitúa en Amsterdam"

la evolución de Camus marcha hacia una madurez en la que estos dos aspectos estén cada vez más integrados, más confundidos en una unidad viva. Es decir, donde lo moral esté cada vez más sometido a lo palpitable y encarnado en la vida, pues el peligro de disociación será siempre en ese sentido: que lo moral se independice y funcione en abstracto, y no al revés. Desde este punto de vista se puede decir que Camus es cada día más artista; pero eso —y ahí está lo excepcional de su caso— no hace sino intensificar también su seriedad, la profundidad de su pensamiento. Así, *La chute* no llega a ninguna conclusión conceptual, menos, en todo caso, de lo que llegaban otros relatos anteriores, aunque siempre con el mínimo de deliberación. Y no llega por fidelidad, por una fidelidad que no es la del concepto, sino (como en este libro queda bien claro) la de la vida con sus ambigüedades, sus impotencias, sus mentiras— o como dice Hölderlin (en la frase que Camus pone de epígrafe al *Hombre*

rebelde), a la tierra grave y doliente... con su pesada carga de fatalidad, y sin despreciar ninguno de sus enigmas.

Quiero hablar brevemente, porque me parece apoyar estos puntos de vista, de otro relato reciente de Camus, *La femme adultère* ("la mujer adúltera"), que forma parte de un volumen anunciado para el mes de diciembre pasado. Es la historia de una revelación, tal vez no trascendente, pero revelación a todas luces. Un matrimonio francés, burgués y mezquino, viaja por el Norte de África. Tienen esa edad, diferente según los casos, en que a los motivos de vivir se les empieza a llamar ilusiones. Las descripciones de esa especie de belleza al revés, de hermosa fealdad, de repulsivo encanto que se desprende de esos descarnados paisajes que Camus conoce como nadie, es de primera calidad. La mujer soporta sin demasiado sufrimiento la grosería, la brutalidad, la falta de imaginación del marido: está acostumbrada, enfriada, un poco muerta. Además él la necesita, "y a ella le era necesaria aquella necesidad". Es magnífico el pasaje que describe esa patética forma de amor, esa piedad hacia el hombre que no quiere envejecer y morir, estar solo. Y una noche, abandonando el lecho conyugal, la mujer sube a una vieja torre carcomida y contempla a solas el desierto y la rotación de los astros, transida por un frío que es tanto el suyo como el de la noche. En eso consiste todo el adulterio, pero qué grave, puesto que nunca podrá ni siquiera intentar explicarle, hacerle comprender. Tampoco el autor intenta explicarnos nada — pero sí hacernos comprender. ¿Cuál es la revelación de Janine? Sin duda no hay palabras, de otro modo allí estarían. Pero quien haya sentido todo el misterio, todo el inasible sentido de la escena que Camus nos describe con magistral sencillez, sentirá también esa revelación en su corazón y, como Janine, "después de tanto correr perdidamente, sin meta, huyendo ante el miedo, por fin se detiene." Para mí sólo hay en nuestros días otro escritor que sepa así plasmar la evidencia de inefables revelaciones, transmitirnos la impalpable palpitación del misterio sin mustiarlo ni petrificarlo en lo más mínimo: me refiero a Rosa Chacel.

Camus había sabido hasta ahora dar vida, calor y carne a su pensamiento, a sus ideas, a su visión de la vida. Pero lo que ahora está haciendo, lo que sus obras más recientes dejan esperar que hará un día del todo, es darnos una visión, un sentimiento que no es ya el suyo sino casi el nuestro — y en un sentido el de nadie, el de "lo otro", la revelación, la inspiración en el mejor sentido de la palabra: una fidelidad más rara, más difícil, más desnuda. En uno de sus primeros libros, *Noces* ("nupcias"), Camus había hablado del problema de crear, que le parecía más ininteligible, y que entonces dejó por respeto como un problema para después. Tenía que ponerse en regla, y se ha puesto. Pocos han pagado como él esa larga deuda. Pocos también han sabido sostener tan larga fidelidad. Esa creación que nunca traicionó a través de su obstinado desarrollo, ahora se le ofrece ya sin sombras porque sin duda se ha hecho digno de ella. Y en este nuevo encuentro podemos saludar, como en el retorno de Ulises, unas nuevas nupcias, ahora definitivas y sin más separaciones: las de un creador con su destino.